

# Una idea de José Ingenieros

[Artículo editorial de «El Tiempo», diario de Panamá redactado por el eminente publicista y educador Dr. José Dolores Moscote].

Es un hecho, que nadie podrá negar, el estado de fermentación ideológica en que se hallan actualmente los espíritus nuevos de los países latino-americanos. Ello se observa de modo muy notable en México y en la Argentina, que parecen ser, por el momento, los dos grandes focos intelectuales de donde parten fecundas irradiaciones, portadoras de gérmenes de renovación en lo social y en lo político.

En el primero de estos países, por ejemplo, los vastos planes culturales que se han comenzado a llevar a la práctica y que parecerían quiméricos si no fueran una realidad comprobada, bastarían a sacarnos verdaderos en la afirmación que acabamos de hacer. Y las dos pruebas de fervoroso idealismo que ha dado recientemente, al dar el nombre de Gabriela Mistral a una de sus mejores escuelas para mujeres, y al ofrecer una magnífica estatua del indio Cuauhtemoc a los Estados Unidos del Brasil, revelando están que de ese país se ha apoderado una verdadera revolución espiritual que le hace desbordarse generosamente fuera de sus propios límites naturales en una como voluptuosidad de ideas y de sentimientos.

Respondiendo a estas nobles actitudes del México moderno, que lucha por redimirse de las influencias de un pasado ignominioso, en el Sur, en estos mismos momentos, y con ocasión de la visita que el Licenciado José Vasconcelos ha hecho a Buenos Aires, un grupo selecto de escritores y pensadores argentinos comisionó al gran José Ingenieros, para que saludara al distinguido embajador de los ideales mexicanos y le expresase cómo, a pesar de la enorme distancia que separa a los dos países, son de fraternales los sentimientos que México inspira a la Argentina, coyuntura que aprovechó el pensador del Plata para lanzar a los cuatro vientos de la publicidad una de esas ideas muy suyas que, tarde o temprano, tendrá que imponerse en todos los que creen en el porvenir de nuestra América.

José Ingenieros quiere que nuestras nacionalidades opongán a la Unión Pan Americana la Unión Latino-americana, basada, no en el apoyo de los gobiernos, ni en combinaciones diplomáticas, al estilo antiguo, sino en el simple poder de las fuerzas morales, que son una especie de conciencia colectiva nacional de cada pueblo, las cuales actuarían de abajo para arriba, hasta obligar a los gobernantes a rec-

tificar la actual política que la mayor parte de ellos sigue de complacencias y de complicidades en las coacciones de los imperialismos extranjeros. Estas fuerzas, que habrían de cristalizarse en una «opinión pública» internacional latino-americana, conducirían luego a la fijación de las orientaciones cardinales de una acción conjunta preliminar para organizar esa Unión que ha de servir de escudo protector de nuestra independencia y de la integridad de nuestras nacionalidades.

Los organismos supremos de la Unión y su objeto, según palabras del mismo Ingenieros, serían los siguientes: «Un Alto Tribunal Latino Americano para resolver los problemas

políticos pendientes entre las partes contratantes; un Supremo Consejo Económico, para regular la cooperación en la producción y el intercambio; resistencia colectiva a todo lo que implique un derecho de intervención de potencias extranjeras; extinción gradual de los empréstitos que hipotecan la independencia de los pueblos. Y todo ello, inobjetable, como aspiración internacional, coronarlo en el orden interno con un generoso programa de renovación política, ética y social cuyas grandes líneas se dibujan en la obra constructiva de la nueva generación mexicana, con las variantes necesarias en cada región o nacionalidad».

¿No es verdad que el espíritu se consuela al contemplar el mágico, atractivo esplendor de estas idealidades, surgidas en mentes lozanas y vigorosas, en donde no se albergan ya los viejos ídolos a que por siglos la humanidad ha pagado un alto tributo?

## Isabel la Católica y un decreto "monumental"

12 de octubre de 1492.—Si gloria alguna ha brillado esplendente en el cielo de la Historia, es la que surgió, como un sol en el extremo oriental del océano, en esa fecha, con el descubrimiento de un nuevo mundo; y precisamente tal acontecimiento—acaso el más notable de la evolución de la humanidad—trae a mi mente consideraciones que, no por repetidas por mí, pues carezco de autoridad para repetir las, son menos atendibles por todo espíritu investigador, que no tiene más norte que la verdad, sea cual fuere la fuente de su procedencia. Estoy seguro que no se llevará a mal lo que contra el común sentir de ahora voy a decir respecto de la reina que más ruido metió en el siglo xv.

Con criterio optimista, que ya parece definitivo en la historia de España—nuestra siempre muy amada madre patria—júzgase a Isabel la Católica, no sólo por su decidida protección al gran marino genovés, facilitándole los medios materiales para que realizara su proyectado viaje a las *Indias Orientales* por un camino más corto que el hasta entonces conocido, sino en lo demás relativo a su real persona y a su gobierno, y nótese que por lo regular sus admiradores hacen casi omiso, con estudiada discreción, de los hechos que oscurecieron su trono, culpa suya únicamente, si he de parodiar la frase del ilustre bardo Manuel José Quintana.

Exaltan sus méritos en forma hiperbólica, procediendo como con el

perfume que se destina a cohonestar los malos olores. En efecto, la fundadora de la Inquisición en la noble tierra española; la mensajera de la esclavitud para la virgen América; la sectaria del fanatismo religioso, cuyo odio feroz contra sus disidentes no tuvo límites, ya que la llevó hasta el crimen de lesa civilización expulsando a los judíos y musulmanes—heraldos de la ciencia y de las bellas artes en la Península Ibérica—; la iniciadora de la monarquía absoluta—la cual sirvió de modelo pocos lustros después al fatídico Felipe II—siendo así que para el establecimiento de instituciones trascendentales del Estado nunca contó con las Cortes, las que nunca le merecieron mayor respeto. ¿Todo eso es magnanimidad? Nada que lo parezca, por más que lo afirme el Catolicismo, como es natural dentro de su criterio *ad hoc*. Si la magnanimidad hubiera sido la virtud que iluminara la conciencia de la reina, no habría puesto obstáculos, como conservadora impertérrita, a la marcha del carro civilizador, sino, al contrario, habría procurado en lo posible corregir los errores desvaneciendo las preocupaciones de su tiempo, con la alteza de miras que es lógico suponer en una dama educada para llevar dignamente una corona. Si la decantada magnanimidad se hubiera resuelto en hechos preclaros para los súbditos, el esplendor de la fama del gobierno ejercido por doña Isabel habría alcanzado has-